

# SIR VINCENT KENNETT BARRINGTON

Joaquín ANSORENA CASAUS

joaquin.ansorena@yahoo.es

Vincent Kennett Barrington, nacido en Bagni di Lucca (Italia) el 3 de setiembre de 1844, hijo de un oficial británico, de nacionalidad inglesa, de la Orden de Caballeros Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, abogado, escritor, *gentleman*, altruista, viajero, incluso aventurero, tuvo intervenciones en la guerra Franco Prusiana y en Crimea, también en la guerra Turco Serbia, asistió a las víctimas de la Revolución Búlgara y estuvo presente en toda suerte de acontecimientos bélicos del siglo XIX. Colaborador necesario en muchos de estos conflictos y protagonista en otros, como la Tercera Guerra Carlista, donde carlistas y liberales lucharon con la misma bandera y por la misma España que ambos amaban pero que entendían de distinta manera. La trayectoria vital de Kennett Barrington, plagada de humanidad y riesgo, no sería posible de entender sin estas líneas preliminares.

El 24 de junio de 1859, en la Batalla de Solferino, en el norte de Italia, como consecuencia de la unificación italiana, se enfrentaba el Ejército Austriaco al mando de Francisco José I contra los italianos y piemonteses a las órdenes de Napoleón III. Duro y cruento el combate, termina con victoria austriaca, aunque ambas partes sufrieron grandes bajas, que se pueden estimar en 40.000 hombres, entre desaparecidos, heridos y muertos, que pudieron haber sido muchos menos de haber dispuesto de un servicio sanitario.

Un comerciante y banquero suizo, Henri Dunant, con tanto arrojo para los negocios como humanidad, seguía los pasos de Napoleón para interesarse por sus negocios en Argelia, lo que le llevó a ser espectador de primera línea de tan sangriento acontecimiento, ocasión que aprovechó, con la ayuda de personal civil, para atender a cuantos heridos pudieron sin distinguir uniformes o nacionalidad. Más tarde, en 1863, cuando Dunant y un grupo de filántropos caballeros crearon la Cruz Roja Internacional, estos principios fueron la esencia y el germen para el nacimiento de esta organización, que en el tiempo ha sido Premio Nobel de la Paz en cuatro ocasiones.



*Vincent Kennett Barrintón, Caballero de la Orden de Malta con el distintivo de Cruz Roja.*

Unos pocos años después, en España se declaraba la Tercera Guerra Carlista, que enfrentaba a los partidarios de Carlos VII, los caballeros de la causa, leales carlistas que en el tiempo de la contienda (de 1872 a 1876) lucharon contra las fuerzas del gobierno, los liberales, en sus distintas posiciones según el poder legalmente constituido en cada momento (Pragmática Sanción incluida): Isabelinos, Amadeo, República y Alfonsinos, en las que salieron victoriosos en importantes batallas para al final perder la guerra, siguiendo al dictado la premonitory sentencia del general liberal Domingo Moriones: "Tomado Montejuerra domino Estella". No pudo ser. Moriones, después de su brillante victoria en la Batalla de Oroquieta en 1872, gracias a otros destinos, no pudo rendir la plaza. Tampoco el prestigioso General Gutiérrez de la Concha, Marqués del Duero, consiguió el triunfo en la Batalla de Monte Muru o Abárzuza, donde muy próximo el combate a la ciudad de Estella, en el fragor de la batalla y al anochecer, una bala perdida acabó con su vida. En la misma ladera, un monumento funerario con inacabada columna se alza en recuerdo perenne de su frustrada campaña, muy cerca de Casa Munárriz de Abárzuza, donde expiró

el general al abrigo de la hospitalaria familia, que todavía hoy conservan su habitación tal como estaba el trágico día 27 de junio 1874.

El General Primo de Rivera tuvo el honor de vencer en la tercera Carlistada. Tomó Montejurra el 17 de febrero de 1876 y el General carlista Calderón, además de los preceptivos honores, le entregó la posición, que como manda el código militar, le fueron correspondidos con dignidad y elegancia. Esto le supuso algún problema al militar por la incom-



*Margarita de Borbón, "El Ángel de la Caridad" esposa de Carlos VII.*

prensión de los voluntarios carlistas, que no dudaron a la hora de la derrota en acusar a sus jefes de debilidad y cobardía con esta satírica canción: "Elio vendió Bilbao, Mendiry el Carrascal, Calderón el Montejurra y Perula todo lo demás". Los liberales, por el contrario, reconocieron a Primo de Rivera e incluso Alfonso XII tuvo a bien otorgarle el título de Marqués de Estella.

El Ayuntamiento de Estella se abstuvo de valoraciones y procuró que las actuaciones de vencedores y vencidos fueran ajustadas al resultado de la guerra y no lesionaran la vida de la ciudad. El alcalde, el mismo día 17 convocó pleno extraordinario para informar de la situación y dijo: "Que es público y notorio que los alfonsinos han tomado Montejurra y han llegado a Zarapuz, viejo monasterio, lindante a Estella..." Al día siguiente se cita a nueva

sesión para las 5 horas de la madrugada del día 19 donde se toman los siguientes acuerdos: "Formar una comisión para visitar a los generales carlistas Lizárraga y Lerga, para que procuren salvar desgracias personales y los intereses del pueblo. "Piden la salida de sus tropas y agradecen sus nobles sentimientos". También se acuerda: "Nombrar otra comisión para visitar a Primo de Rivera, reconociendo su victoria con la petición expresa de que la entrada a la ciudad no altere la vida de la misma". Esta actitud de política municipal no está reñida con la conducta del pueblo llano que, como se lamentó Alfonso XII, no le recibe con el mismo fervor que a Carlos VII ni los Te Deum que se ofician son tan solemnes.

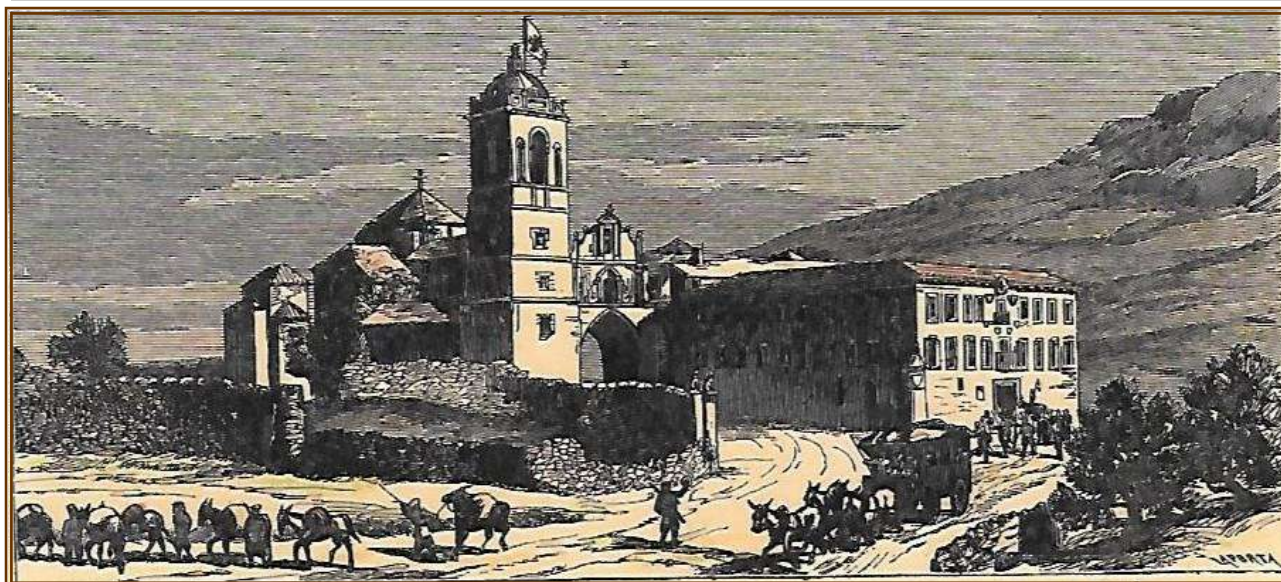
**E**n esta guerra, gracias al Convenio Elliot (firmado en abril de 1835) durante la Primera por los Generales Tomás de Zumalacarregui y Gerónimo Valdés, en representación del pretendiente Carlos V y el Gobierno de Madrid se suavizaron los horrores de la guerra, en especial retaguardia y prisioneros. Por otra parte, los nuevos armamentos de más alcance y precisión agravaban la situación y tampoco evitaron enfrentamientos a bayoneta calada, como en Lácar el 3 de febrero de 1875, donde murieron más de 800 hombres. Batalla con victoria carlista que obligó a Alfonso XII a retirarse a Madrid con el sabor de la derrota y los primeros síntomas de la grave enfermedad que acabó con su vida. En esta ocasión, como era muy frecuente, el pueblo carlista lanzó su coplilla dirigida a Alfonso XII: "En Lácar chiquillo, te viste en un tris, si don Carlos te da con la bota, como una pelota te manda a Paris".

Secuencia similar a la que se vio obligado su primo Carlos VII al dejar España camino de Francia ante la derrota carlista en la batalla de Oroquieta, donde por cierto, la recién creada Cruz Roja tuvo ocasión de estrenarse en su labor humanitaria, precisamente, de la mano de su cofundador, el médico navarro don Nicasio Landa.

Después de este breve paseo por el convulso siglo XIX, con el dolor e injusticia que generan las guerras, caben destacar los movimientos que nacen de la mano de organizaciones europeas, que les mueven a trabajar por la cooperación humanitaria a través de instituciones o sociedades, tal como lo recoge la Convención de Ginebra en sus acuerdos de los años 1863 y 1864.

En el transcurso de la guerra han proliferado batallas, acciones, sorpresas e incluso escara-





*Vista exterior del Hospital de la Caridad en el Monasterio de Irache.*

muzas, que han supuesto una fuente de sufrimiento y dolor, causando bajas, desaparecidos e innumerables heridos que han sido atendidos con los escasos medios sanitarios disponibles en Cruz Roja, hospitales locales y otras organizaciones, incluidas las extranjeras que acudieron al conflicto.

**E**n los territorios carlistas circula el rumor o mandato que asevera que el Gobierno de Madrid no reconoce a sus tropas como ejército beligerante, considerando se trata de partidas, por lo que no les aplican los derechos de guerra y en consecuencia no les atiende la Cruz Roja. Hay serias dudas al respecto e incluso testimonios contrarios, como puede ser el de la batalla de Eraul, que recoge con precisión y rigor Florencio Ansoleaga, testigo excepcional de aquella acción, lo que no impide que la noticia de la desatención llegue a asociaciones humanitarias y genere una simpatía hacia estos combatientes. Esto es lo que ocurre en la Orden de Caballeros de San Juan de Jerusalén - Orden de Malta- que no duda en enviar importantes ayudas y a uno de sus cualificados hombres en estas lides, que no es otro que Vincent

Kennet Barrington, quien durante esta guerra llega a España en tres ocasiones: De abril a mayo de 1874, de octubre de 1874 a mayo de 1875 y de setiembre de 1875 a mayo de 1876. La primera expedición se centra en Bilbao y las otras dos en Navarra. Barrington fue providencial para los carlistas, a la vez que no desatendió a otros contendientes.

El enviado de Inglaterra viene con recursos (oro), experiencia y vocación. Crea una red de hospitales, desde Lesaca hasta el más im-

portante el del Monasterio de Irache, situado al pie de Montejurra (el monte mítico del carlismo) donde coincide con la esposa de Carlos VII, Margarita de Borbón, llamada el Ángel de la Caridad, entre otras virtudes por haber creado "La Caridad", asociación de ayuda humanitaria que atiende a heridos de ambos bandos contendientes de igual manera. Cuentan con el francés Bourgade, acreditado instrumentista, y Manuel Barrera, sacerdote, profesor de teología del Seminario de Pamplona y con grandes dotes de organización que actúa como director de personal, que coordinan y dirigen a numerosos grupos de voluntarios de distintas nacionalidades y especialidades, entre los que se encuentra el hermano Menni, de la orden de San Juan de Dios, hoy San Benito Menni. Dedicación cualificada a los heridos, intercambio de prisioneros, atención humana y control en la retaguardia, se vieron impregnados de un estilo desapasionado y profesional que Barrington cuidó con esmero, cultivando la diplomacia y sensibilidad en la fratricida contienda.

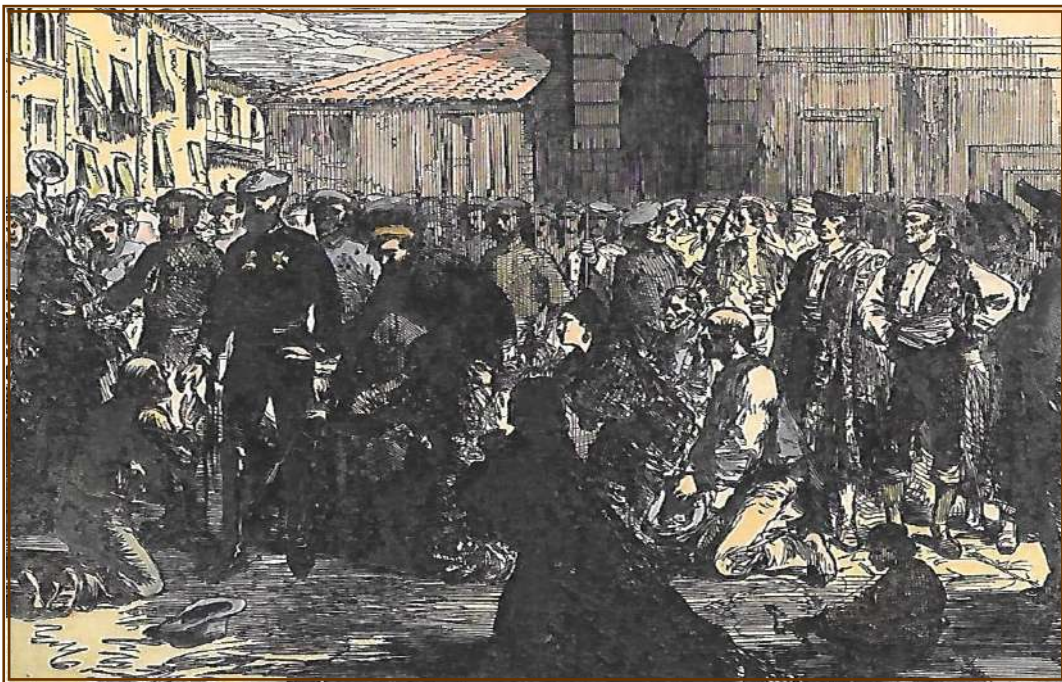
Además de esta red de hospitales, se crea una flota de ómnibus de tracción animal, que persiguen movilidad y mejor coordinación a través de traslados de heridos, transporte de prisioneros para canje e incluso los propios sanitarios optimizando recursos. La ambición de servicio no encuentra obstáculos para su labor humanitaria. En el conflicto de Vizcaya, ante el colapso sanitario, se fleta un barco para transportar heridos desde Santurce a Sokoa (Francia), desde donde serían llevados a Navarra, evitando cruzar las posiciones liberales.

Barrington, además de oro, experiencia y vo-

cación, aportó a la contienda carlista una visión de la guerra y sus horrores, tanto en acciones bélicas como en la retaguardia, algo que especialmente repugnaba a este británico, que ya venía curtido de las guerras de Crimea (1853-1856), o la Guerra Franco Prusiana (1870-1871). En Crimea fue un humanista y espectador, no sufrió daños y pudo contemplar los primeros periódicos escritos acompañados de grabados junto a las noticias de los corresponsales. A la otra contienda europea acudió enviado por la Sociedad Británica Nacional de Ayuda, precursora de la Cruz Roja, donde en una labor humanitaria muy próxima a la acción, tuvo su bautismo de fuego, algo que no le hizo desistir de su compromiso sino que fortaleció su espíritu. Esto ocurría en 1870 y ya en 1874 estaba en el corazón de la Tercera Carlista.

El diario de Barrington, sus informes a las organizaciones que representó en los distintos países y guerras y su correspondencia con amigos y familia, su madre Mrs. Arabella Henriette y su novia Miss. Alice Sandeman (ligada a los negocios de vinos "Sandeman" en Oporto y Jerez de la Frontera, con la que contraería matrimonio en 1878, dos años después del fin de la guerra carlista) serán documentos imprescindibles para conocer la agitada y comprometida vida del gentleman. También una fuente de información sobre los acontecimientos, motivaciones y conductas humanas en la retaguardia, que es donde aparecen las miserias despojadas del supuesto valor y en su caso heroicidad del campo de batalla.

*Carlos VII aclamado en la Plaza de Estella.*



Informes y escritos estuvieron guardados en la casa familiar, con excepción de algunos documentos de la época de España que fueron quemados por deseo expreso de su viuda. No obstante, se conservaron una serie de cartas dirigidas a su madre, su novia Alice Sandeman y su cuñado Alfred que nos han permitido conocer un perfil inédito de esta guerra, vista por un desapasionado y altruista inglés.

Con mirada de aquel tiempo sorprenden sus desahogos epistolares, no entendiendo ni aceptando discusiones por motivos religiosos. Apela a lo más espiritual de los derechos humanos, obviando las diferencias de credo en beneficio de una convivencia pacífica. Por su parte, fervoroso anglicano, no tiene inconveniente en convivir con católicos, sacerdotes incluidos, con los que no aprueba su escaso compromiso. Sufre y no entiende el maltrato de animales, que trata de evitar en un intento de educar a su gente en continuos ejercicios de persuasión, castigos e incluso multas, en lo que según se lamenta, obtiene escaso éxito y todavía menor comprensión de amigos y compañeros españoles.

En un momento, al morir su caballo ha de "llorar" por correspondencia. Ya sabía que su entorno más próximo no le entendería.

Vincent Kenet Barrington se mantuvo en sus principios. Viajó por Europa y Asia en múltiples misiones humanitarias. Comprometido con el Comité Internacional de la Cruz Roja en Ginebra, fue colaborador necesario en la creación de las delegaciones de Cruz Roja en Brasil, Argentina y Venezuela,



## Personajes

lo que no le impidió entregarse a otras empresas mercantiles a través de la Cámara de Comercio Inglesa. Tampoco, como buen británico, le faltó tiempo para cultivar sus deportes favoritos que, respondiendo a su carácter intrépido, siempre fueron de alto riesgo, al igual que sus acciones humanitarias.

No llegó a entender el movimiento romántico del carlismo, aunque simpatizó con sus gentes e ideas. Le era difícil comprender lo que en el fondo era una guerra de religión, con implicación fuerista y en defensa de un estilo de vida tradicional, seguramente lo más deseado por las bases del carlismo. Tampoco se conformó tildando a esta guerra de exótica, como algunos quisieron ver, como herencia del clima creado por la Guerra de la Independencia.

Por razones más universales, Barrington creía en Dios, amaba Gran Bretaña y la reina Victoria tuvo a bien nombrarle Caballero de la Orden de Caballería. Este gentleman, este caballero, que no llegó a entender el carlismo, respetó profundamente su ideario recogido en el viejo lema: "Dios Patria y Rey", divisa o leyenda en casual coincidencia con valores y principios del singular y exquisito británico.

Sir Vincent Kennett Barrington falleció el 13 de julio de 1903, en Dorchester –on-Thames, ciudad cercana a Oxford (Inglaterra), cuando practicaba un descenso en su globo *Shropshire*. No podía ser de otra manera. En algún lugar debía estar escrito. ■



*Procesión de heridos con Barrington, Claustro de Irache.*

*Carlos VII visita a los heridos de La Caridad en Irache.*

